

BIBLIOTECA



Fabulista Guido: Los decibeles.

Antes del rojo

"No puedo trabajar en silencio. Cuanto más ruido tengo a mi alrededor más fácilmente surgen mis personajes", declara Beatriz Guido, mientras juega con los dices tintineantes de un collar sospechosamente egipcio. Esa pasión por el ruido como elemento de excitación intelectual la hizo levantar un riguroso inventario de todos los cafés bulliciosos de Buenos Aires, en cuyas mesas se zambulle a escribir los últimos tramos de su próxima novela *Rojo sobre rojo*: *El Moderno*, *La Paz* y, sobre todo, *El Molino* se han convertido en sus mejores apaderos por el número de decibeles que logra el ronroneo de sus parroquianos. Cuando no son los cafés, la autora de *Pin de fiesta* prefiere las filmaciones de Leopoldo Torre Nilsson, "donde siempre pasan cosas inesperadas".

En las mesas de *El Molino* o en las filmaciones, Beatriz Guido acumula carillas tras carillas de cuadernos de espirales, tratando de explicarse por qué los argentinos a los 18 años son anarquistas, socialistas o comunistas, y abandonan tales ideales al pasar el cabo de los cuarenta. Pero el meollo de todas las situaciones se localiza en la capacidad de pactar con sus adversarios demostrada por decenas de generaciones: "Lo que mi padre y sus contemporáneos llamaban el *compromiso* y que ahora se denomina pacto o acuerdo".

El éxito de *El incendio* y las risperas (80 mil ejemplares en 16 ediciones) le produjo una suerte de impacto paralizante. "El primer año —confiesa, poniendo los ojos en blanco y agitando sus enormes pestañas— el halago del éxito es algo así como un estupefaciente. Pero cuando pasa y uno piensa que tiene que escribir de nuevo, se desencadena el terror." Para conjurar el mal se dice en voz alta, todas las

veces que puede, que el éxito de *El incendio* está determinado por circunstancias no literarias: una de ellas fue el frustrado regreso de Perón al país".

Cuando inició los primeros renglones de *Rojo sobre rojo* ya estaban imaginados algunos personajes que, vagamente, recordaban a Frondizi, Frigerio, y sobre todo a muchos dirigentes reformistas de la década peronista pactando con el Caudillo para conseguir los votos de sus adherentes en las elecciones de 1968. "Mi novela —proclama Beatriz Guido con énfasis— no es antiperonista ni properonista; simplemente es un análisis de una situación histórica, y sobre todo el de un problema que me preocupa: la llamada deshonestidad de los honestos, el hecho de que en política, para conseguir ciertas cosas necesarias y útiles al bien común, hay que renunciar a muchas otras, o más simplemente, el angustioso juego del fin y los medios."

Durante un año, los personajes de la novela pugnaron por salir de las páginas escritas "con una caligrafía infernal", que sólo su amiga y secretaria Anafildo Otegui puede descifrar y dactilografar luego. "Comprendí que además de la psicosis del éxito tenía otro enemigo —aciera, mientras revuelve un pocillo de café que no habrá de tomar—: el realismo estrecho contra el cual está luchando toda una generación de novelistas latinoamericanos desde Alejo Carpentier hasta Gabriel García Márquez".

Cuando en la imaginación de la escritora apareció una casa ubicada frente a la Biblioteca Nacional, comprendió que los elementos fantasmales venían en su auxilio. En esa casa un antiguo anarquista, un constructor inmigrante, se enriquece junto con el país. Sus hijos, acunados por ideales libertarios, aprenden en la Universidad el silabario de la Reforma y luchan por ella durante la década del peronismo. Desaparecido el régimen, el hijo mayor se transforma en la eminencia gris de un Presidente, renuncia a sus ideales de juventud y entra en la órbita de los grandes negocios. En sus viajes político-económicos lleva consigo a su hermano menor, que asiste azorado a las entrevistas con Perón, primero, y con el Che Guevara, después. Otro fantasma, un bibliotecario tan memorioso como Funes, aumenta la dosis de magia del relato: poseedor de 100 mil dólares inesperados, los dedica a perseguir por toda América al asesino de Trotsky.

"Cuando el primer borrador esté listo —susurra la fabulista— se lo entregaré a Andrés Vázquez y a Edgardo Cozarinsky, mis grandes amigos, a quienes siempre consulto. Luego de su veredicto comenzaré a corregir con paciencia, uno de mis goces mayores, comparable sólo al éxtasis amoroso." ♦

El adiós a los monstruos

James Hadley Chase: La caída de

un conallo — De pronto, cuando sus 63 años hacían pensar que Chase ya no soltaría de las manos las divisas inmoralistas que le sirvieron para vivir, descubre en esta novela que la ternura, el amor filial y la serenidad burguesa son valores más estables que el dinero o el desenfreno del sexo. Un viraje así no parecía verosímil en este diletante que abandonó a su editor Gallimard por la serie negra de Plon aduciendo que un solo dólar era preferible a todos los gestos de agradecimiento, y que hace ya treinta años, en *El secuestro de la señorita Blundish*, esgrimió la antorcha blasfema que el marqués de Sade había dejado vacante. Chase se ha descrito a sí mismo (versión 1966) como "un hombre rico y libre, que escribe sus novelas en seis fines de semana y puede vivir de incógnito en París sin entender una palabra de francés. Viaja. No guarda en sus cajones ninguna obra maestra desconocida y prefiere hablar de sí en tercera persona. Es feliz y escribe lo que le gusta".

La caída es, apenas, una deslumbradora galería de personajes: Ticky Ebris, un enano que sirve de botón en un restaurante de lujo, vista en la intimidad ridículas balas de colores eléctricos y maneja a 150 kilómetros por hora un Mini con los pedales alargados; Ira Marsh es la menor de una caterva de andrajosos y borrachos que andan con medio cuerpo desnudo por las calles del Bronx y se trenzan en combates a dentelladas; Phil Algir sobrevive apenas a la droga y al recuerdo de sus prisiones tempestuosas, imaginando una segunda vida cuyas leyes dictará él y donde su eterno papel de sometido será cambiado por el de verdugo. Son esos tres monstruos portentosos los que tramarán (o ejecutarán) un paciente hurto de las cajas de seguridad menos vulnerables del mundo, las del Banco de Florida, a expensas de tres asesinatos y dos traiciones. Para que el plan sea perfecto, Ebris intoxica con una dosis abusiva de heroína a Muriel Marsh Devon, hermana mayor de Ira; Algir descerraja cinco balazos en el corazón de Johnnie Williams, su amante, y estrangula a la hija de Muriel para que Ira pueda sustituirlo.

Un segundo trío de personajes beatíficos equilibra ese averno: es curioso que Chase (cuya antipatía por el Bien era su marca de fábrica) se haya deleitado en no deslizar ni una sola flaqueza sobre la figura inmarcescible de Mel Devon, vicepresidente del Banco; de su amiga Joy, pontífice del sentido común, y del juez Ansley, capaz de una serenidad que envidiarían los canteros ingleses. En ese ajedrez desigual, es lógico que pierdan las negras; pero lo inesperado es que Chase no les haya endilgado una muerte soberana, uno de esos rayos de Zeus que él solía conceder a sus antihéroes bienamados. La indiferencia con que los fulmina, en las últimas diez páginas, es la mejor señal de que su San Jorge privado aniquiló para siempre a los dragones que llevaba adentro (*Emecé*, 1968; 178 páginas, 260 pesos). ♦

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Antes del rojo. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile